

# **EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA FILOSOFIA EN ORIGEN DEL LENGUAJE**

***JUAN DIEGO LOPEZ***

Hoy día es opinión casi generalizada de que el problema sobre el origen del lenguaje no debe ser tratado en forma separada del problema sobre el origen del hombre. Más bien, las ciencias involucradas en este estudio han tomado conciencia de la necesidad de dilucidar las relaciones que se establecen entre ambos, al mismo tiempo que, a través de la filosofía, remitir al problema más amplio del origen del mundo y de la totalidad del Universo. Por tanto, en un ensayo de interpretación

filosófica como pretende serlo éste, no se tratará de discutir la validez de cada una de las ramas de la ciencia que participan, sino que se pretende generalizar sus resultados para componer un panorama mucho más amplio en el cual insertar, como uno de sus componentes fundamentales, la aparición del lenguaje articulado. Se parte entonces de la tesis de que, una vez determinadas las relaciones entre el hombre y el mundo, se sientan las bases para explicar científicamente el origen del len-

guaje, y se rechaza la tesis del estudio del lenguaje propiamente dicho, tal y como lo conocemos históricamente, para deducir de él las posibles formas de su aparición y desarrollo.

El problema asume las siguientes dimensiones: ¿Cuáles son esas relaciones que se establecen entre el hombre y el mundo? ¿Derivan el hombre y su pensamiento de la naturaleza o, por el contrario, deriva la naturaleza de un pensamiento especial, divino, capaz de crear el Universo? Dicho filosóficamente, ¿cuáles son las relaciones que se establecen entre el ser y el pensar?

Según la respuesta ofrecida para estas interrogantes el pensamiento humano se divide en dos grandes vertientes, radicalmente opuestas entre sí: el idealismo y el materialismo. En esencia, estos dos campos se diferencian por el punto de partida más que por la forma histórica que dichas expresiones adquieren. Consecuentemente con esto, el idealismo reclama a la conciencia, el pensamiento, como lo primario y sostiene el carácter derivado del mundo. De esta forma, se admite la creación del mundo por una inteligencia superior que al mismo tiempo es sustentadora del orden universal. El materialismo, por el contrario, basándose en los datos recabados por las ciencias naturales y sociales, afirma que lo primario es la naturaleza y que la conciencia, el pensamiento, es una propiedad de la materia altamente organizada. La conciencia es considerada como un reflejo del mundo exterior, como una imagen que reproduce en forma más o menos exacta la realidad exterior al pensamiento. No obstante, preguntas y respuestas de tal magnitud no pueden sólo ser formuladas en forma abstracta, es decir, sacando las conclusiones de nuestro propio pensamiento y no contrastándolas con los resultados generales que arroja el conocimiento humano. Con el desarrollo de las ciencias la respuesta para las preguntas

fundamentales de la filosofía adquieren un sentido concreto, objetivo, dejando de ser un problema teórico o psicológico. De allí que la posibilidad de conocer el mundo y la corrección de nuestros conocimientos han de ser demostrados a través de los resultados de la práctica del hombre: para la ciencia no basta la aceptación dogmática sino la comprobación crítica. Pero antes de alcanzar esta certeza las ciencias debieron atravesar por un proceso de desarrollo histórico que describe un movimiento que va del conocimiento de lo superficial e inmediato a lo más profundo y complejo.

Durante una primera etapa, correspondiente a un escaso desarrollo de las ciencias, el idealismo pareció la única concepción razonable del mundo. La física, que da cuenta del movimiento de los objetos, no existía; la química se empieza a desarrollar en la forma mística de la alquimia; la biología se encuentra en su primera etapa de clasificación general de las especies; la geología era completamente desconocida; se ignoraba, en fin, que la naturaleza, así como el hombre y la sociedad, tuviesen una historia y que esta historia estuviera sometida a ciertas leyes que rigen su desarrollo. Todo ello llevaba a la sencilla conclusión de un creacionismo apoyado, por lo demás, en la **Biblia** como argumento de autoridad irrefutable. No obstante, a partir del siglo XVI, el conocimiento de la naturaleza y del hombre mismo se desarrolla a pasos agigantados. Las nacientes ciencias empiezan su historia dedicadas a la agrupación de los objetos y fenómenos en determinadas categorías que posibilitan su análisis estructural y su fijación en conceptos operables para el entendimiento. Se estudian entonces las características particulares aislándolas del contexto en el cual se dan; los enfoques son rígidos y se deja en la sombra la concatenación universal de todos los fenómenos de la realidad. Esta forma de proceder en el análisis de la naturaleza

produce una enorme influencia en la filosofía dando origen al método metafísico de investigación. Durante el siglo XVIII tanto el idealismo como el materialismo habían adoptado el método metafísico, pero desde una perspectiva sensiblemente disímil: mientras que el idealismo asumía posiciones fundamentalmente mistificadas ante los descubrimientos científicos, el materialismo se inclinaba resueltamente por el ateísmo. Nuevamente, como a lo largo de toda su historia, el materialismo y el idealismo se contraponían en virtud de su punto de partida.

El misticismo idealista alcanza su punto culminante en la filosofía de Hegel, quien afirmaba que el sujeto del proceso histórico es un abstracto Espíritu que a un cierto punto de su desarrollo se "enajena", es decir, se hace otro, se trueca en su contrario, y aparece así la naturaleza como un derivado suyo. Con la naturaleza aparece el hombre, pero en cada uno de sus actos, en cada manifestación cultural, científica o filosófica, se manifiesta el esfuerzo extraordinario del Espíritu por restablecer su identidad perdida, por reencontrarse a sí mismo en la obra del hombre. . . hasta que finalmente adquiere plena conciencia de sí en la filosofía de Hegel: con este reencuentro se pondría fin al proceso; la historia, entendida aquí como una verdadera teogonía, habría acabado y con ella cesaría la existencia del hombre y del mundo. Pero un hecho hizo evidente la falsedad de la filosofía hegeliana: la historia no se detuvo ni el hombre dejó de profundizar su conocimiento de la naturaleza. Esta, más que un espíritu enajenado, empezaba a comprenderse como una realidad objetiva a partir de la cual se había generado el hombre, y con él el pensamiento, el espíritu, como una capacidad propia de su naturaleza física.

Pero no obstante el carácter extremadamente conservador que adquiere en sus conclusiones, había en el sistema he-

geliano un aspecto verdaderamente revolucionario que le separaba de la metafísica: su método. Por primera vez, en la filosofía de Hegel, se planteaba la necesidad de ver el mundo no como una colección de objetos fijos e inmutables, sino como un proceso de transformación y desarrollo que evidencia ciertas conexiones internas entre los objetos y los fenómenos de la realidad. La metafísica, que reflejaba los objetos únicamente en su estaticidad, es superada por un método que refleja a la naturaleza y el pensamiento en la dinámica de su transformación constante, de su ininterrumpido movimiento que siempre se impone en forma progresiva. La dialéctica, al mismo tiempo que comprende la concatenación universal de todos los fenómenos, es decir, su unidad material, revela que la verdad del conocimiento humano no reside en la formulación de "verdades absolutas", sino que más bien radica en el proceso mismo del conocer, "en la larga trayectoria histórica de la ciencia, que, desde las etapas inferiores, se remonta a fases cada vez más altas de conocimiento, pero sin llegar jamás, por el descubrimiento de una llamada verdad absoluta, a un punto en que ya no pueda seguir avanzando, en que sólo le reste cruzarse de brazos y sentarse a admirar la verdad absoluta conquistada" (L.F. p. 9).

La contradicción entre las conclusiones de la filosofía hegeliana y su método se torna así evidente: la dialéctica, que estudia los objetos y los fenómenos en su dinamicidad, vista desde la perspectiva del idealismo, lleva a una conclusión falsa, absoluta, y la riqueza del método se pierde en un sistema cerrado y de contenido dogmático. La dialéctica idealista no sigue el movimiento *real* que se opera en la naturaleza y en el hombre, sino que hace calzar forzosamente a ambos en un proceso *lógico* previamente establecido.

El enorme desarrollo de las ciencias

naturales durante la primera mitad del siglo XIX (aparición de la geología, la antropología, la paleontología y el desarrollo de la física, la química y la biología), así como la certeza de que el idealismo resumido por Hegel era falso, llevó a los poshegelianos a asumir diversas posiciones materialistas. En primer lugar Feuerbach, que surge de la descomposición de la escuela hegeliana manteniendo posiciones materialistas, pero empeñado en el absurdo de perfeccionar la religión propulsando una religión sin Dios. Según Feuerbach, la influencia de Hegel y de sus abstracciones filosóficas había llevado al cristianismo a ocultar el verdadero sujeto de la religión: el hombre. Para él, el verdadero carácter de la religión radica, no en la teología, sino en su esencia antropológica, que es la única verdadera. Considera la filosofía hegeliana como una farsa teológica y se limita a rechazarla en su totalidad sin reparar en los aspectos positivos que ofrecía. No obstante, el hombre que Feuerbach reclamó como eje de la religión y la filosofía es un hombre tan abstracto como el "espíritu absoluto" en cuanto que es concebido en forma ahistórica, atemporal. No es el hombre común y corriente, con sus progresos y necesidades históricas, sino que se refiere al hombre en general o, mejor dicho, al *concepto* de hombre. De ahí que Engels declare que Feuerbach se quedó a mitad de camino siendo materialista por debajo mientras que por encima era idealista.

El siguiente paso del materialismo, dado por Marx y Engels, es explicado por este último así:

*"Nosotros retornamos a las posiciones materialistas y volvimos a ver en los conceptos de nuestro cerebro las imágenes de los objetos reales, en vez de considerar a éstos como imágenes de tal o cual fase del concepto absoluto (. . .) Pero con esto, la propia dialéctica del concepto se con-*

*vertía simplemente en el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real, lo que equivalía a poner la dialéctica hegeliana cabeza abajo; o mejor dicho, a invertir la dialéctica, que estaba cabeza abajo, poniéndola de pie"* (L.F. Pp. 36-37).

De esta forma, al contrario de Feuerbach, Marx y Engels salvaban el aspecto revolucionario de la filosofía de Hegel, es decir, su método dialéctico en tanto que, volviendo al materialismo, se desechaban los aspectos místicos e idealistas que impedirían su correcta aplicación. Esta superación crítica de Hegel, llevada a cabo por el materialismo dialéctico, encierra, además, una cuestión de enorme importancia: aparece la práctica como criterio de verdad. La exactitud de la dialéctica como reflejo en el pensamiento del movimiento de la realidad, la veracidad de las ideas que existen en nuestro cerebro, no es un problema que pueda o deba resolverse a nivel teórico, es decir, abstracto. En el proceso del conocimiento es necesario comprobar que nuestras representaciones mentales calzan verdaderamente en la realidad exterior; que aquello que pensamos no es producto de la imaginación o la fantasía. De esta forma, estaremos en capacidad de separar las imágenes verdaderas de las falsas y el conocimiento seguirá un cambio seguro. Plantear, pues, el problema de si el hombre puede o no conocer la realidad que le rodea, al margen de la práctica, es estancarse en una discusión teórica cuyo resultado será la pura teoría. Pero si somos capaces de demostrar, a través del experimento y la industria, la exactitud de nuestro conocimiento, si somos capaces de reproducir los procesos que se dan en la realidad y de ponerlos a nuestro servicio, entonces podemos afirmar resueltamente la veracidad de nuestro conocimiento y del conocimiento humano en general. Sin la práctica el conocimiento

quedaría a mitad de camino y nos llevaría a avalar como reales las imágenes fantásticas que nuestro pensamiento crea: no ha-

bría posibilidad de avance, de progreso y profundización en el conocimiento de la realidad natural, social y humana.